

Faltan detectives

LA Comisión de Valores elevó el rango de Gescartera el mismo día en el que le impuso una multa, con lo que hizo coincidir el castigo con la recompensa. Después de eso, ¿cómo se puede aspirar a desenredar el ovillo bursátil? El dueño de la empresa, señor Camacho alega que el dinero tráfuga está en dos sociedades opacas de EEUU.

¿Cómo va a haber transparencia? Por su parte, la CNMV desvía la responsabilidad a los auditores, que tenían muy mal ojo. El lío no puede ser más gordo y por eso resulta asombroso que cada día engorde. Lo único que se sabe a ciencia cierta es que de los 18.000 millones invertidos en Gescartera sólo se han localizado 219. Bueno, también se sabe otra cosa:

que la manganancia no depende del carné. Aquí se roba a diestro y siniestro.

Quizá seamos el país más rico del mundo, ya que aguantamos el mayor número de ladrones por metro cuadrado y siguen funcionando las panaderías y los transportes públicos. Hablando de ladrones, el ex director de la Guardia Civil, señor Roldán, aprovechando

que le han soltado por unos días, se ha soltado la lengua y nos ha hecho saber que algunos de sus superiores cobraban más dinero que él de los fondos reservados. Pero *El Relojero* está muy visto y después de sus días de asueto es de esperar que vuelva al trullo. Los que no están vistos, ni siquiera para sentencia, son los cómplices y beneficiarios del gran desfaldo financiero que nos está amenazando el verano. Del mismo modo que un hombre solo, aunque sea el más terrible de

los dictadores, no puede someter a un país sin el apoyo de una parte significativa de la ciudadanía, un solo sinvergüenza no puede robar cantidades de ese calibre si no está asistido por otros golfos. Hacen falta detectives para localizarlos y que le hagan compañía a Roldán y a Camacho. Lo que no va a localizarse nunca es el dinero. Aunque se diga que es tan difícil de ocultar como la tos, como el humo y como el amor, de pronto, se convierte en el hombre invisible.

EL REPORTERO INDISCRETO

De cómo el reportero acudió un sábado a la Biblioteca Municipal y allí tomó notas en paz y tranquilidad.

GONTZAL LARGO

HACER un reportaje veraniego en una lluviosa mañana de sábado puede resultar una tarea harto complicada. El único agua que realmente casa con los meses estivales es el de las playas y las piscinas, y no el que cae de las nubes. De entre los mil y un lugares cubiertos que se pueden visitar, el reportero elige la Biblioteca Municipal de los bajos del Ayuntamiento de San Sebastián. En este sentido, todo lo que ahí ocurre y las gentes que la visitan son extrapolables a otras bibliotecas y casas culturales del territorio. La susodicha cumple las características básicas de todo hotel de libros: hay silencio, estanterías, bibliotecarios y bibliotecarias, algún ruido no deseado y sobre todo, libros, muchos libros. Así, pues, el reportaje queda adjudicado.

Tras un vistazo rápido, se comprueba que no son pocas las personas que han tenido el mismo pensamiento del reportero. La biblioteca presenta una entrada bastante aceptable y, a la vez, una paz propia de una iglesia. En la entrada siempre cabe la posibilidad de llenar una mochila con los folletos informativos que hay: exposiciones fotográficas, el programa de proyecciones de películas en las casas de cultura de la ciudad, cursillos de idiomas, programas de apadrinamiento e incluso una especie de teléfono de la esperanza en versión adolescente.

Como suele ser habitual por estas fechas, los estudiantes escasean en las mesas habilitadas al efecto. De las apenas 10 personas que se encuentran sentadas en la zona de estudio casi la mitad son lectores. El resto son jóvenes en la tierna edad universitaria... pero apenas estudian. Dos chicas adolescentes son una buena muestra de ello. Con los apuntes sobre la mesa y los teléfonos mó-

viles a mano hablan en voz baja y con las cabezas agachadas como si estuvieran en una aula vigilada por un profesor. Defecto profesional, se supone. El reportero se ha fijado en ellas cuando entraba. Estaban justo al lado de la máquina de café, charlando con vasos de plástico en la mano y, una de ellas, fumando. Su situación física ha cambiado -están sentadas en la zona de estudio- pero no la dialéctica: siguen con la conversación. El desenlace de esta historia continuará unas líneas más adelante.

Las tiendas de los museos como el Guggenheim o el Prado tienen una sana ventaja con respecto a las propias galerías: todo lo que hay ahí se puede comprar, y

además, a un precio razonable. La misma situación bondadosa se da con las bibliotecas: todo libro deseado (bueno, casi todos. También los hay no prestables) puede ser alquilado gratuitamente durante un periodo de 3 semanas. Para que luego digan que leer es caro...

Dentro de la tranquilidad propia de un monasterio budista que reina en la biblioteca hay una zona que merece una mención aparte por su agitación silenciosa: el revistero. Es allí donde, entre decenas de revistas de todo tipo, pueden ocurrir las situaciones más pintorescas, como la protagonizada por una señora algo bajita:

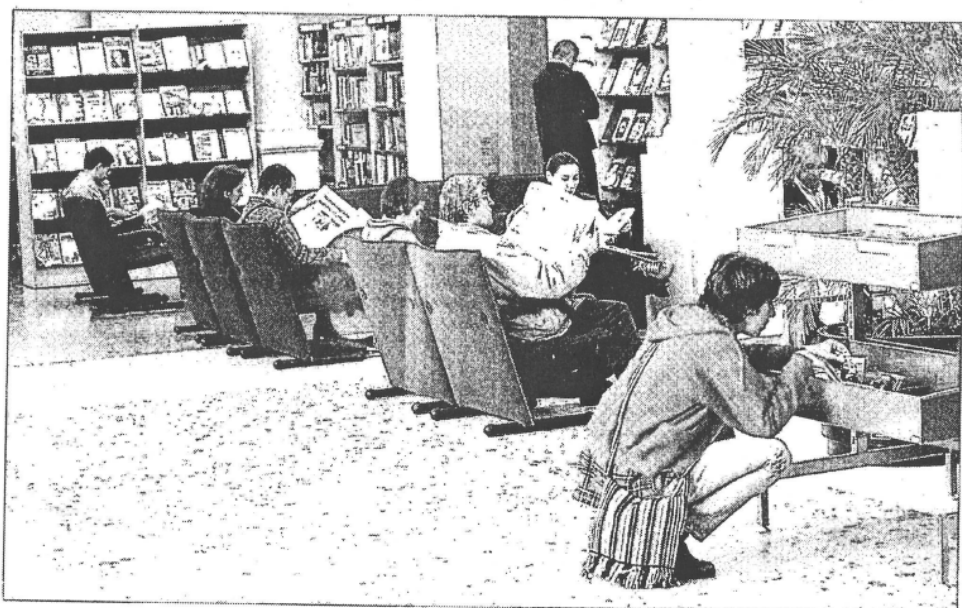
—¿Qué pasa? ¿Se creen que todos medimos dos metros?

Se lo dice a su marido que está

leyendo una revista de aeromodelismo o un tema similar que el reportero no llega a averiguar. La problemática está clara: la señora quiere alcanzar una revista -la Fotogramas, parece- situada en el

Casi todos los libros pueden ser prestados durante tres semanas

Toda biblioteca debe tener una plantilla de jubilados, lectores ávidos de periódicos



Un aspecto de la Biblioteca Municipal de San Sebastián, a la que acudió el reportero indiscreto un sábado.

POSTIGO

Fiebre de sábado mañana

último estante y no llega. El marido le da la razón sin más dilación y se limita a observar cómo ella se pone de puntillas para hacerse con la portada en la que Ben Affleck parece reírse de todos los que han visto su película.

Y luego están los lectores de periódicos, claro. Toda biblioteca que se precie y que quiera tener un mínimo de reputación debe contar con una buena plantilla de señores jubilados que se dedican a leer todas y cada una de las secciones -relax y contactos incluidos- de todos y cada uno de los periódicos expuestos. Ellas son las personas que crean opinión en nuestra sociedad.

Si la mayoría de la gente lee el periódico en 10 minutos, ellos lo hacen en 100 y eso se nota: en el estante de los periódicos lo único libre es el ejemplar del Boletín Oficial del Estado que alguien ha olvidado ahí.

Cuando la fiebre del sábado mañana disminuye, el reportero abandona la biblioteca.

Cuando cruza la puerta de la salida se encuentra de nuevo con las dos estudiantes que no estudian. Siguen hablando, por supuesto.